



VII.

COMENZABA para las Salamanca una nueva etapa en su existencia; el año de luto y el de alivio de éste.

Los primeros cuidados de Mary y de Margot consistieron en la elección de los trajes con que debían demostrar que su espíritu estaba transido de dolor.

Para hacer la ostención oficial de su orfandad necesitaban las Salamanca someterse á las exigencias de un dolor reglamentado por la moda.

Para ésto era necesaria la intervención y el consejo de Mendizábal. Y acudieron á Julio para resolver la forma de sus relaciones en sociedad durante el período del luto y para elegir la indumentaria que debían adoptar durante ese lapso de tiempo, pues el luto debería ser elegantemente riguroso, porque de lo contrario resultaría cursi.

La escasa sensibilidad de las Salamanca necesitaba indumentar sus afectos con paños y crespones negros para que la ex-

presión de esos afectos pudiera guiarse por el color de una tela, por la tijera de un sastre ó por la aguja de una modista.

El traje de luto era para las Salamanca uno de tantos trajes impuestos por los cánones de la moda; era un traje como los de verano, como los de invierno ó como los de media estación.

Y aquella cauda negra de crespón que iba a caer de sus sombreros sería algo diferente del afelpado fieltro, del severo canotier y de aquel mundo de plumajes, de listones y de flores policromas que por tanto tiempo habian ostentado aquellas cabecitas tan vacías.

En los cambiantes de aquellas Señoritas había llegado su turno á los paños negros de la orfandad con que iban á engalanarse, porque estaban abrumadas bajo el peso del dolor.

Apenadas profundamente por la muerte de Don Aristeo derramaban sobre su tumba lágrimas de crespón extra-merino que enjugaban con pañuelos finísimos de seda orlados con cenefa negra.

Y cerraron una puerta en sus salones; y cubrieron con gasas funerarias las lunas biseladas de los grandes espejos porque así estaba prescrito en todos los rituales de las etiquetas del duelo.

Otro de los grandes cuidados de las Salamanca consistió en la elección de las libreas que debieran vestir sus cocheros. Y se eligieron los modelos y obligaron á su cochero y á su lacayo á que bajo el peso de la fúnebre escarapela vertieran llanto de paño de Sedán que enjugaban con acordonados de seda riquísima de Argelia.

Y cuando á los nueve días de muerto Don Aristeo se celebraban las exequias en el templo de Santa Brígida, á las puertas del templo esperaba á la familia Salamanca su lujosa berlina con su cochero y su lacayo vestidos con sus libreas y sus escarapelas de luto.

El sufrimiento es una escuela sublime de grandes perfecciones. Las almas grandes alcanzan sublimidades en la adversidad y cuando bajo la presión de amargo sufrimiento elevan al Todopoderoso una plegaria nacida del mas puro sentimiento, esa plegaria envuelta en el humo perfumado del incienso llega hasta el Trono de la Majestad Augusta de Dios.

La plegaria de las Salamanca el día de las exequias de Don Aristeo, que no era la expresión del sentimiento puro del amor filial, sino el cumplimiento de una fórmula de la etiqueta del duelo, esa plegaria resbaló de las bóvedas del templo para refugiarse

avergonzada entre los pliegues de los negros mantos de las doradas Salamanca.

* * *

Algunos meses más tarde la misma lujosa berlina con sus mismos fúnebres cocheros esperaba á las puertas del teatro á la familia Salamanca que había asistido á presenciar una representación dramática desde su palco de luto.

Las etiquetas sociales han establecido que el dolor tiene un período de tiempo limitado, y llenando de formulismos ese período, han prohibido que por cierto tiempo se diviertan públicamente los que están de luto.

La acción tranquilizadora del tiempo amortigua gradual y casi insensiblemente la intensidad del sufrimiento que produce la muerte de los seres queridos, hasta llegar á substituirlo por un recuerdo dulce y cariñoso, lleno de más ó menos veneración; pero el dolor convencionalmente reglamentado en sus dos etapas del luto y del medio luto, es un dolor que, pasando por encima del sistema natural del sentimiento humano, sin esfumarse, se rompe con fechas determinadas.

Sometiendo las Salamanca la intensidad de su dolor á la reglamentación convencional pudieron, desde su palco de luto, divertirse muy cerca del proscenio.

* * *

En marmórea cripta estaban confinados en el cementerio los despojos de Don Aristeo, y su memoria, envuelta en gasas y en crespones negros, se perpetuaba en su casa por los sastres y las modistas mediante confecciones de lujo, para perderse después en las nebulosidades del olvido cuando feneciera para sus hijas el plazo fijo en que, según las etiquetas del duelo, estaban atribuladas bajo el peso del dolor.

Don Aristeo necesitaba morir para que sus doradas hijitas pudieran ataviarse á lo elegante con los negros paños de la orfandad.

Las Salamanca estaban de luto.





VIII

EL DIA en que Blanca Collantes acudió á la casa de las Salamanca á solicitar su cooperación en la obra que iba á emprender en beneficio de los huérfanos, encontró en esa casa á Julio Mendizábal quien desde luego se enamoró de ella.

No se resolvió Mendizábal á comunicarles á Mary y á Margot que estaba enamorado de Blanca, porque al comprender el abismo que de ella las separaba, comprendía también que no le aprobarían que regara flores ante los pies de tan distinguida señorita porque ésta no figuraba entre los dorados que formaban el círculo de relaciones de la familia Salamanca.

Y Julio ocultaba á Mary y á Margot su pasión por Blanca, porque no quería que ellas manifestaran desagrado por aquella niña encantadora á quien amaba tanto.

No comprendía Mendizábal que las mordacidades de las Salamanca no llegaban ni al

polvo del camino que Blanca recorría en la escala triunfal de sus virtudes.

Enamorado Julio seguía á Blanca, y á su paso se descubría y la saludaba con cariñoso respeto, sin atreverse á más por la aureola de virtudes que coronaban su frente.

Y ella, la niña de ojos negros y cabellera de seda, llegó á comprender la inclinación de Julio, y agradecida contestaba su saludo sin sentir, por su parte, la más ligera inclinación hacia él.

Las Salamanca estaban en el período del luto y no abrían, como antes, sus salones dos veces en cada mes; pero Julio era amigo de confianza y las visitaba con frecuencia.

En una de sus visitas observó que Margot y Mary al verlo se sonrieron, haciéndose una señal de inteligencia.

—Dínos, Julio, le dijo Margot: ¿quién es aquella señorita que saludaste el último domingo á la salida de Catedral?

—Es la Srita. Collantes.

—No la conocemos, dijeron ambas.

—Sí la conocen ustedes; alguna vez estuvo aquí á solicitar el apoyo de ustedes para el establecimiento de una obra que está emprendiendo en beneficio de la orfandad.

—Ah, sí, dijo Margot, sonriendo con marcadísimo desprecio, es la hermana de un obrero que se viste de levita los domingos.

Mendizábal sonrió también con satisfacción, porque bien sabía que no necesitaba BlancaCollantes de los elogios de las Sritas. Salamanca.



S



IX

EL tiempo transcurría y con él los dineros de las Salamanca iban á menos. La estrechez de criterio de esa familia no le permitió establecer en el hogar los más rudimentarios principios de la Aritmética. La ciencia de los números era desconocida en esa casa aun en sus prolegómenos.

Don Aristeo ganaba el dinero que sus hijas dilapidaban. Muerto él, quedaban suprimidas en su casa las operaciones numéricas de sumar y multiplicar, y sólo quedaban en vigor las de restar y dividir.

Las Salamanca habían reformado la Aritmética. Sus cuatro reglas fundamentales estaban reducidas á dos: la resta y la división.

El elemento productor de aquella casa se había extinguido, y las Salamanca, como en vida de Don Aristeo, siguieron siendo máquinas de gastar dinero. El lujo siguió sosteniéndose y cuando no hubo ya dinero para ello se vendieron las acciones de minas

con un notable descuento del precio de su cuotización en plaza. Después se vendieron algunas alhajas de valor y un poco más tarde acudieron al préstamo hipotecario.

Las Salamanca se arruinaban.



X.

Los hombres superiores como Don Benjamín Fernández salen del nivel común y corriente de las medianías. El trabajo honrado y constante tiene siempre su recompensa; y Fernández con el transcurso de algunos años de labor continua llegó á formar una fortuna considerable; una fortuna sagrada porque los factores de su elaboración fueron la constancia y la honradez; una riqueza que no manchaba porque no era como otras muchas que se han formado con las necesidades del pauperismo y con las lágrimas candentes de tantas víctimas del infortunio.

A los pocos años de la muerte de Don Aristeo, Fernández se radicó definitivamente en la Ciudad de México en donde estableció una gran oficina bancaria.

Coincidió su llegada á la Capital con la ruina de las Salamanca.

A poco tiempo de su llegada, Fernández